

A close-up, high-angle portrait of Hugo Chávez Frías. He is looking slightly to the left of the camera with a serious expression. The Venezuelan flag is visible in the lower-left corner, partially covering his face. The text is overlaid on the image in white, serif, all-caps font.

HUGO CHÁVEZ FRÍAS
UN BRAZALETE
TRICOLOR

PRÓLOGO DE
ADÁN CHÁVEZ

Distribución gratuita
OBSEQUIO
Gobierno Bolivariano

Descargue nuestras publicaciones en: www.minci.gob.ve

Un Brazalete Tricolor

Hugo Chávez Frías

EDICIONES CORREO DEL ORINOCO

Alcabala a Urapal, Edificio Dimase

La Candelaria, Caracas-Venezuela

www.correodelorinoco.gob.ve - RIF: G-20009059-6

Nicolás Maduro Moros

Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Delcy Rodríguez

Ministra del Poder Popular para la Comunicación y la Información

Edición y corrección

Iris Yglesias

Diagramación

Edarlys Rodríguez

Saira Arias

Foto portada

Prensa Presidencial

Depósito legal: lfi 2692014320290

ISBN: 978-980-7560-83-2

Impreso en la República Bolivariana de Venezuela

Reimpresión, marzo 2014

U N B R A Z A L E T E
T R I C O L O R

TTE. CORONEL (EJ.)
HUGO CHÁVEZ FRÍAS

UN BRAZALETE
TRICOLOR

PRÓLOGO DE
ADÁN CHÁVEZ

ÍNDICE

Prólogo	13
A manera de prólogo	21
Una bandera en Ayacucho	29
El tricolor nacional	33
I. Introducción	33
II. El tricolor nacional	34
III. Inicio fatal	38
IV. Un hombre, una bandera y un continente libre	39
V. La Venezuela de hoy, su bandera, y nosotros, los militares	43
El ejército de ayer, de hoy y de siempre	45
I. Introducción	45

II. El ejército de ayer	46
III. El ejército de hoy y de siempre	49
Vuelvan caras	51
Profesionalismo del oficial venezolano	63
I. Introducción	63
II. Posibles causas de la falta de profesionalismo	63
III. El amor a la profesión	65
IV. Recomendación	65
Evolución de la bandera de Venezuela 1797-1930	67
Epílogo: Un brazalete tricolor	109

“...Volver al reencuentro con nosotros mismos. Y con tantos sueños inconclusos que galopan hacia el horizonte. ¡¡Vamos a su encuentro con la fuerza de mil centauros, en carga tumultuosa, tremenda y victoriosa!!”

*Teniente Coronel (ej.)
Hugo Chávez Frías*

PRÓLOGO



En un momento trascendente de nuestra historia patria escribo estas breves reflexiones, con la misma sensación que seguramente experimentó nuestro Comandante Eterno y que le hiciera exclamar, con absoluto compromiso y confianza en la victoria: "...volver al reencuentro con nosotros mismos y con tantos sueños inconclusos que galopan hacia el horizonte...".

Dos sentimientos esenciales se agitan hoy en mi espíritu, como ser humano y como revolucionario. El primero está inevitablemente relacionado con la cercanía del día en que se cumplirá un año del paso a la inmortalidad del Comandante Chávez, del hermano entrañable. El segundo se vincula con el nuevo intento de la derecha más recalcitrante de impulsar un nuevo golpe de Estado contra el pueblo venezolano.

Con respecto al segundo, tengo la sensación de haber vivido el mismo instante, de que hechos, actos y personas se repiten, de que la imaginación o la creatividad se agotan. Nadie sabe cómo pretenden inventar el futuro quienes no hacen más que copiar su propio pasado.

Una vez más la oposición pretende desconocer los resultados electorales. Desde 1998 lo ha hecho sin resultados contra 18 de 19 consultas inobjetables. Esta vez también con el apoyo sin

tapujos de las fuerzas más retrógradas, endógenas y exógenas. No lo lograrán, de eso estamos seguros, y con absoluta conciencia ratificamos que el fascismo no se impondrá en nuestra tierra amada, aunque en ello se nos vaya la vida.

Me atrevería a decir que esa misma certeza es la que nos embargó a todos y todas los bolivarianos(a), revolucionarios(a), chavistas, al caudal infinito de pueblo que desbordó el recinto de la Academia Militar en aquellos días dolorosos y difíciles de marzo de 2013, cuando, espontáneamente, muchos enarbolaron como símbolo de batalla, memoria y victoria, el uso del brazalete tricolor en recordación del 4 de febrero de 1992, momento en el que el líder de esta Revolución Bolivariana inscribió su nombre para siempre en la historia.

Este libro que se edita nuevamente, cuya primera impresión fue en 1992, constituye base de la reivindicación de los símbolos patrios, especialmente de la bandera, que se convirtió en los tres colores de la identidad de la rebelión bolivariana contra el sistema opresor del puntofijismo. Podría afirmarse que el 4 de febrero de 1992 se instala y revaloriza en la memoria de los venezolanos el tricolor nacional y el peso histórico de su significado.

Un Brazalete Tricolor es resultado de la continua investigación y profundo conocimiento sobre nuestra historia del Comandante Chávez, cuyo origen él mismo identifica en una sentida crónica sobre el viaje a Huamanga, Perú, el 9 de diciembre de 1974, donde nos narra cuando “cruzó la pampa repentinamente una joven quechua sobre un caballo blanco, llevando en alto el flamante tricolor venezolano”. Como nos escribe en el

libro, este encuentro lo conmovió profundamente y lo estimuló a seguir indagando sobre nuestras raíces.

Los textos incluidos en este libro fueron ordenados cuidadosamente por Chávez durante su prisión en la cárcel de Yare, extraídos de la misma, y posteriormente impresos de forma clandestina en agosto del año 1992 en la imprenta de los hermanos Vadell.

Releyendo el texto, me conmovió particularmente la remembranza de aquel muchacho nativo de Tinaquillo, miembro del grupo de militares patriotas del 4F, que no tenía el símbolo mágico que a esa hora ya todos portaban: el *brazalete tricolor*, y como dice el entonces capitán bolivariano Hugo Chávez, el mismo sacó uno de su mochila de combate y “lo colocó en torno al brazo izquierdo palpitante de patria”.

Después de casi 200 años congelados los sueños del Libertador, Bolívar volvió para siempre y aquellos brazaletes “volaron por toda la patria, alborozados para internarse en el tiempo, dominando las distancias y dejando un trazo tricolor que partió la oscuridad para siempre”.

A 22 años de aquella gesta y con Chávez guiando e iluminando el camino de la Patria nueva, nuestro reto es seguir construyendo el Socialismo Bolivariano, donde se funde la relación entre la tradición patriótica iniciada con la gesta libertaria de Francisco de Miranda y Simón Bolívar, con la insurrección popular del 4 de febrero y la lucha por la justicia social y los cambios revolucionarios en Venezuela. Desde esta perspectiva, el Socialismo Bolivariano no se presenta, por tanto, como un imperativo ajeno a

nuestra realidad, sino como una necesidad inmanente y madura en la historia venezolana y latinoamericana.

Nutrido con la savia del Árbol de las Tres Raíces —el pensamiento y la acción de Simón Bolívar, Simón Rodríguez y Ezequiel Zamora— y rescatando con sentido crítico las experiencias históricas del socialismo, adoptando como guía el pensamiento y la acción de revolucionarios y socialistas latinoamericanos y del mundo, como José Martí, Ernesto Che Guevara, José Carlos Mariátegui, Rosa Luxemburgo, Carlos Marx, Federico Engels, Lenin, Trotsky, Gramsci, Mao Tse-Tung y otros que han aportado a la lucha por la transformación social, por un mundo de equidad y justicia, nuestra experiencia avanza como una obra humana que tiene antecedentes remotos, como la cosmovisión indio-afroamericana, el cristianismo y la teología de la liberación.

El Comandante Chávez tiene el mérito de enriquecer y hacer viva la doctrina del Libertador Simón Bolívar, apelando a su contenido vigente, realizable y victorioso, que unifica la Patria y la proyecta como patrimonio soberano del mundo a través de los procesos de integración y unión.

Igualmente, toma del libro de Simón Rodríguez, *Sociedades Americanas* (1828), la fuerza que tiene la nación y la patria de contar con un proyecto nacional que unifique, pero que tenga como patrimonio las fuerzas creadoras del hombre y su cultura.

Ahí está presente la causa de la ideología: la naturaleza de la educación, qué, cómo y para qué aprender desde la perspectiva de la Revolución Bolivariana, mediante el aprendizaje crítico que impulsa la producción de conocimiento para la libertad y

para la realización colectiva como realización individual, que se materializa en el amor a la Patria, la solidaridad y la inclusión social.

Con el ideario del General Ezequiel Zamora, logra integrar el Árbol de las Tres Raíces, donde relaciona estratégicamente la revolución federal con la causa de la independencia suramericana de Bolívar, de hacerla realidad, es decir, la toma del poder político es un asunto fundamental para las revoluciones de los pueblos decididos a liberarse de las cadenas de la explotación y la dominación.

Para garantizar la prolongación histórica y vigente de la Doctrina Bolivariana, que hace su cuerpo ideológico vivo, dinámico, dialéctico, crítico-autocrítico, creador, realizador y pleno de valores y virtudes, es imprescindible el estudio del pensamiento y praxis del Comandante Supremo Hugo Chávez Frías, recogidos en textos como este libro.

La ideología es lo sustantivo de la conciencia revolucionaria, es lo nutritivo, es la virtud y el compromiso de hacer un modo de vida la creencia del cuerpo de doctrina y socializarla con la fuerza colectiva de los pueblos.

Destaca el valor estratégico y político de la revolución que es transformar radicalmente la sociedad, para edificar la democracia del pueblo: participativa, protagónica y solidaria. La fortalece con la emancipación de los excluidos, al promulgar leyes inexorables de justicia porque es creyente de los poderes creadores del pueblo.

Cuando la batalla en el campo de las ideas es primordial en nuestro accionar cotidiano, recordamos aquellas palabras del Comandante en el 2004, cuando nos dijo: “Tenemos que demoler el viejo régimen a nivel ideológico, golpear las viejas ideas, las viejas costumbres, ir conformando sólidamente su [del pueblo] estructura mental, ideológica; su estructura espiritual, moral”.

Chávez nos enseñó la verdad incuestionable de que “...la primera revolución es aquí dentro, en el espíritu” y de que el primer frente es el frente moral, la ética. (...). Eso pudiéramos resumirlo en una frase: la conciencia del deber social. “Y si queremos decirlo con Cristo: amaos los unos a los otros. Eso es el amor social, no el egoísmo, sino los códigos morales y principios de la vida: los principios del socialismo”. “Moral y luces son nuestras primeras necesidades”.

Cuando en los imperativos actuales la batalla económica se convierte en componente esencial para el avance de nuestro proyecto social, no debemos olvidar que el socialismo consiste, ante todo, en que la base económica del país sea “esencial y sustancialmente democrática”, en “modificar la base productiva del país, de manera tal de asegurarnos una democracia económica”.

En momentos en que la Conferencia Nacional de Paz, convocada por el presidente Nicolás Maduro, hijo de Chávez, instaló también la Comisión por la Verdad en la Economía, debemos recordar el énfasis que siempre puso nuestro Comandante Supremo en la necesidad de avanzar hacia “una mayor democratización del poder económico, a través de la incorporación de

mecanismos de autogestión productiva a nivel colectivo, la utilización de una planificación democrática como mecanismo regulador de las relaciones productivas”.

Cuando el llamado a la Paz y a la No Violencia marcan el panorama de nuestros días recientes, llamado que abarca a todas y todos las venezolanas y venezolanos, nuestra Patria necesita, aún más, profundizar la democracia participativa y protagónica y “acelerar el proceso de restitución del poder al pueblo”, tal como aparece enunciado en el Plan de la Patria.

Los que tuvimos la posibilidad de estar cerca del Comandante Chávez sabemos la prioridad que daba a los desafíos ideológicos. Hombre de acción e ideas, lo sorprendió la terrible enfermedad que le hizo sufrir, pero enfrentó con gran dignidad y entereza. Bolívar fue su maestro y el guía que orientó sus pasos en la vida. Ambos reunieron la grandeza suficiente para ocupar un lugar de honor en la historia humana.

Honor especial merece también su amado pueblo venezolano por su inmensa capacidad de comprender la hazaña que junto a él inició y lleva a cabo.

Cuando los siglos pasen, cuando la máquina del tiempo se refleje en el futuro, los cientos de millones de árboles deshojados y las ciudades mil veces reconstruidas, y si nosotros pudiéramos prefigurar los hombres de entonces, y si Venezuela es digna, próspera y fuerte, en los recuadros de gloria de entonces tendrán que decir que nada en el pensamiento ha sido más grande que Bolívar y Hugo Chávez, y ahora, imaginando ese futuro merecido y que tanto sacrificio ha costado, vuelvo a renovar el

A D Á N C H Á V E Z

compromiso eterno con la Patria y releo la dedicatoria que Hugo me escribió, en la solapa de uno de los libros de aquella primera edición de *Un Brazalete Tricolor*, en aquellos días de Yare; y que pudiera hacerla suya nuestro pueblo todo:

“Adán, aquí nos encontramos con nuestras raíces tricolores”.

¡¡¡Por ahora y para siempre!!!

ADÁN CHÁVEZ
Barinas, febrero 2014

HUGO CHÁVEZ FRÍAS



A MANERA DE PRÓLOGO

La idea de esta publicación vino desde las calles huracanadas de la Venezuela posterior a la jornada insurreccional del 3 y 4 de febrero de 1992, entre marchas multitudinarias y cacerolazos estruendosos.

Y es que uno de los tantos fenómenos que, a raíz de aquella fecha memorable, se desató por toda la geografía venezolana ha sido el flamear incontenible del pabellón nacional, símbolo patrio cuyo destino parecía ya estar limitado a los actos oficiales y a los domingos marciales en bases aéreas, bases navales y cuarteles.

Quizás una de las causas de tal estremecimiento tricolor haya sido el brazalete usado por las tropas del movimiento bolivariano revolucionario 200, durante el desarrollo de la operación “Ezequiel Zamora”. La insignia salió del letargo y combatió durante más de 12 horas en miles de brazos palpitantes de esa juventud que se atrevió a dar un paso al frente, en busca de la patria perdida.

Los tres colores mirandinos iluminaron la oscuridad con un rayo de iris, para amanecer desafiando a quienes traicionaron las esperanzas de todo un pueblo heroico y libertario.

Las armas fueron rendidas *por ahora*. Pero los brazaletes tricolores cogieron vuelo con el viento cálido de febrero y se dispersaron por las calles, los caminos y campos de Venezuela.

Y ahora ondean en las manos forjadoras de millones de hombres, mujeres y niños venezolanos, ¡para siempre!

¿De dónde surgió el brazalete bolivariano, robinsoniano, zamorano? Como toda la inspiración del MBR 200, viene de lejos, producto de toda una vivencia de años forjadores de sueños en ebullición expansiva.

La recopilación que aquí se presenta es apenas una muestra de la siembra de tantos hombres durante tantos días de la vida.

Desde los tiempos del uniforme azul, del penacho blanco y el paso redoblado en el alma máter, fue siempre la bandera motivo de inspiración para la marcha larga.

Muchos compañeros, vivos y muertos, están presentes entre las líneas de estos modestos trabajos. A todos ellos, soldados de la patria que ya se levanta, dedico este saludo tricolor.

El primer ensayo narrativo fue elaborado durante el viaje que en diciembre de 1974 realizamos a la pampa de la Quinua, en la hermana república bolivariana del Perú, en la ocasión del sesquicentenario de la batalla de Ayacucho. Un grupo de doce alféreces de la Academia militar desfiló con la bandera venezolana en aquella tierra de los incas, en el corazón del Imperio del Sol.

Un episodio marcó para siempre el recuerdo en ese día nublado de Ayacucho, el 9 de diciembre de 1974: una hermosa joven quechua, con su rostro de siglos precolombinos, cruzó la heroica pampa a caballo, con el tricolor venezolano batiendo el aire

cargado de leyendas. Ya era un brazalete sobre el hombro andino del cerro *Condorcunca*.

En marzo de 1975, a cuatro meses de la graduación, es elaborado el segundo trabajo titulado “El tricolor nacional”, para ser publicado en forma de artículo en la revista *Siempre firmes*, de circulación interna entre los cadetes de la Academia. Ya habíamos comenzado por entonces el curso básico de especialización de armas y servicios en las diferentes escuelas del Ejército. La promoción “Simón Bolívar” estaba ya por salir, primer embrión de una nueva época, producto del Plan Educativo Andrés Bello.

El 8 de julio de aquel año, sesenta y seis jóvenes subtenientes prestaron juramento ante la bandera nacional, en el Patio de Honor de la Academia Militar, con el grado de subtenientes y el título universitario, por primera vez en la historia militar venezolana, de licenciados en Ciencias y Artes Militares, mención Terrestre.

El brazalete tremolaba sobre el Ávila en cielo azul turquí, pero se fue en el alma de aquella juventud bolivariana, transformado ya en idea firme, como lo refleja la frase final de este segundo artículo: “Además, los ideales de Bolívar son nuestros por herencia, y estamos obligados a realizarlos; *y por ningún motivo, nuestra bandera será humillada, por muy grande y poderoso que sea el agresor*”.

Y vino entonces el cambio brusco entre el mundo de los ideales y del código de honor, en contraste con una realidad donde ya se habían afianzado los antivalores y se intuía una alocada carrera hacia el abismo donde hoy se encuentra la sociedad entera.

Eran los tiempos de “la gran Venezuela”, era de bonanza que precedió a la hecatombe.

La juventud militar profesional veía ya con inquietud cómo el Ejército se iba transformando progresivamente en una organización amorfa, solo eficiente para los vistosos desfiles, incapaz de cumplir con su misión constitucional.

“El Ejército de ayer, hoy y siempre” fue un corto ensayo seleccionado en junio de 1978 para concursar, a nombre de los oficiales, suboficiales y tropas del batallón blindado *Bravos de Apure*, en un evento literario que se efectuó en el comando de la recién creada brigada blindada, en Valencia, dentro del marco de la celebración del 157° Aniversario de la Batalla de Carabobo y Día del Ejército.

El brazalete tomaba forma en los rostros curtidos, en los tanques trepidantes. Además de idea, ya era un cuerpo incipiente.

Estaba, por cierto, como oficial del mismo batallón *Bravos de Apure*, asentado para entonces en el viejo cuartel *Abelardo Mérida* de Maracay, el subteniente Pedro E. Alastre López, hoy compañero de viaje, en este camino de redención popular, integrante del Movimiento Bolivariano Revolucionario 200.

Pedro Alastre recién acababa de llegar de Francia, donde se especializó en el mantenimiento de los vehículos blindados AmX-30, adquiridos para las fuerzas estratégicas del Ejército.

Era el tiempo de la forja y la siembra, al compás de las notas del himno épico, vibrante, de aquel batallón-escuela que era el *Bravos de Apure*.

Al rumor de clarines guerreros
ocurre el blindado,

ocurre veloz,
con celosos dragones de acero
que guardan la patria
que el cielo nos dio.

El solo nombre de *Bravos de Apure* era mágico, evocaba los tiempos heroicos de los *Bravos de Páez*, del caño Mucuritas, del banco arenoso de El Yagual, del grito sabanero de las *Queseras del Medio*.

Fue por aquellos años que llegó, recién egresado de la Academia Militar, el subteniente Carlos Manuel Díaz Reyes, con su morral lleno de sueños, procedente de un hogar humilde y luchador de Los Teques, la tierra del cacique Guaicaipuro.

Esa época trajo también el reencuentro con los pasos perdidos de la leyenda del abuelo guerreros los viajes al Apure en la búsqueda incesante de la verdad de comienzos de siglo, las horas interminables en viejas bibliotecas de cuarteles, hurgando en libros desvencijados.

Y fue de todo ese mundo mágico de donde nació el relato titulado “Vuelvan Caras”, enviado por ese entonces al concurso anual de cuentos del diario *El Nacional*.

Surgió de entre las polvaredas de los rugientes tanques AmX-30, de los vivaques de la tropa en campaña, sobre los pedregales y los gamelotales de la patria reseca y tostada. Se unen allí la cotidianidad de la vida del soldado tanquista con la imaginación supersticiosa del hombre de la sabana.

Y en la vida de guarnición, entre las notas de la diana *Carabobo*, los toques de viejas cornetas llamando a rancho, los caneyes humeantes y ennegrecidos por el gasoil quemado de los poderosos motores hispano-suizos de los vehículos blindados, había tiempo también para la discusión acerca de los problemas fundamentales de la profesión militar.

Fue así cómo surgieron las ideas que dieron forma al sencillo documento elaborado en diciembre de 1980, titulado “Profesionalismo del oficial venezolano”, como parte de las continuas recomendaciones que la plana mayor de un batallón debe hacer llegar a su comandante para la toma de decisiones.

La recomendación concluyente del documento fue una especie de premonición... *La elaboración y definición de un perfil del oficial del Ejército, el cual será tomado como base en la formación militar de los cadetes de la Academia Militar de Venezuela.*

Tres meses después, en marzo de 1981, llegó a la misma sección de personal del batallón blindado la transferencia para el alma máter, cuna de los sueños.

Allí ya había comenzado la siembra, un grupo solidario de eternos compañeros: Francisco Javier Arias Cárdenas, Jesús Ortiz Contreras, Jesús Urdaneta Hernández, Felipe Acosta Carles, entre muchos otros.

Y continuó la marcha inexorable, otra vez en el templo azul de los sueños, a la sombra del roble y del samán, entonando junto a miles de imberbes cadetes el himno inolvidable:

A la patria debemos tributo,
de inmortal gratitud y de honor,
pues fundó nuestro digno instituto
para hacernos guardián de su honor.

Después de varias vueltas en los recovecos del camino, fue elaborado, en septiembre de 1989, el folleto denominado *Evolución de la Bandera de Venezuela 1797-1930*.

Apareció a la luz el día del XII Aniversario de la Secretaría del Consejo Nacional de Seguridad y Defensa, cuando fue inaugurado el Salón de Banderas en el Palacio Blanco, por el ya para entonces ilegítimo Presidente de la República, recibido como había sido su gobierno por la sangrienta insurrección popular de febrero de ese mismo año.

De entrada, inevitable, aparece el faro bolivariano traído desde la Angostura de 1819.

Señor: ¡Dichoso el ciudadano que, bajo el escudo de las armas a su mando, ha convocado la soberanía nacional para que ejerza su voluntad absoluta!

Y en la portada los tres colores verticales, alargados, como las raíces del árbol robinsoniano, bolivariano, zamorano. Como el brazalete de la noche insurrecta de febrero.

TTE. CNEL. HUGO R. CHÁVEZ FRÍAS
Cárcel de Yare, junio 1992



UNA BANDERA EN AYACUCHO

Casi hasta la medianoche, estuvimos Dumas y yo, cantando viejas composiciones venezolanas y oyendo las interpretaciones típicas de la sierra peruana, en una fría fonda de la calle principal de Huamanga, capital del departamento de Ayacucho. Mi compañero, paisano y amigo con su cuatro y una bella mujer indígena con su guitarra entretuvieron hasta tarde a los cadetes y parroquianos que fueron allí la noche del 8 de diciembre, víspera de la batalla liberadora, 150 años después. A lo lejos se sentían las sombras de la noche serrana, en un frío terrible que helaba las venas.

Panameños, bolivianos, ecuatorianos, colombianos, peruanos, venezolanos y hasta chilenos. El semillero militar latinoamericano había inundado las calles onduladas y serpenteantes para la gran celebración de la década. La conversación giraba en torno a dos temas principales. Uno era, por supuesto, el obligado del momento: los preparativos de la batalla, sus incidencias y consecuencias políticas y militares para aquel momento histórico de nuestro continente. Un profesor universitario presente allí, entre cerveza y cerveza, afirmaba que en el cerro *Condorcunca* no hubo ninguna batalla, sino un pacto entre los dos

ejércitos, en el cual los españoles entregaron las armas. El otro tema era más espinoso, por lo actual. Y además, vedado supuestamente para los hombres de armas, especialmente los venezolanos: la participación de los militares en los procesos políticos de los países latinoamericanos. Los peruanos defienden con gran pasión a su gobierno, el del general Juan Velasco Alvarado, a quien tuvimos la suerte de saludar personalmente esa tarde y recibir de sus manos un pequeño libro empastado en azul, titulado *La Revolución Nacional Peruana*. Por su parte, un ardoroso antinorteamericanismo surge a borbotones del discurso de los jóvenes cadetes del Colegio Militar de Panamá, la del Congreso Anfictiónico, la del canal interoceánico.

Nuestro amigo chileno Juan Heiss, cadete del Colegio Militar de Santiago, en cambio, se mantenía más reservado en cuanto a las opiniones sobre la Junta Militar del general Augusto Pinochet.

Nosotros, Dumas, Carlos Escalona y yo, adelantamos algunas opiniones sobre el papel de los militares en la sociedad y, particularmente, el apoyo incondicional que en Venezuela han prestado las Fuerzas Armadas al sistema democrático en los últimos 16 años. Pancho Hernández, cadete peruano del cuarto año, me dijo ya al final de la amena charla, con su voz de profundo acento indígena, quechua: “*Verá usted, cómo ya algún día se cansarán de esos cabrones*”.

Llegamos cantando a la medianoche los tres llaneros de Barinas y Portuguesa, entonando *Fiesta en Elorza*, a la colina donde funciona la Escuela Municipal, sitio de nuestro alojamiento. El capitán Ismael Carrasquero, nuestro comandante, nos hizo una

reprimenda por haberlo despertado a esa hora. Es un buen jefe, especialmente por lo humano de su carácter. Subimos luego las escaleras en silencio y recordamos que ya es 9 de diciembre, día de la batalla. Un silencio profundo se hallaba congelado y petrificado sobre la milenaria cordillera de los Andes peruanos.

Muy temprano, después del típico desayuno con exceso de picante, partimos en autobús hacia la pampa de la Quinua. Cruzamos empinados caminos, entre columnas interminables de gentes, mayormente indígenas de trajes coloridos, que iban a pie y algunos en bestias, hacia el histórico sitio. El cielo amaneció azul intenso, aunque más allá de las altas montañas, hacia el oeste, podían verse oscuros nubarrones.

En una curva del camino, por fin oímos a nuestro guía señalar hacia el norte: “allá está el cerro”. Inmenso es el Condorcunca o *Rincón de los Muertos*, en quechua. Una falda amplia se abre hacia la pampa donde se decidió la libertad de este gigantesco territorio que se inicia allá en nuestras costas del Caribe. *Hasta aquí vinieron a pelear los llaneros*, Dumas, le dije al alférez auxiliar Ramírez Marquínez, compañero desde los años de secundaria allá en Barinas, en nuestro recordado liceo O’Leary.

Luego de la parada más larga que en mi vida de cadete he hecho (casi seis horas), desfilamos bajo un torrencial y frío aguacero que nos hizo levantar el barro con nuestro paso redoblado. En esa tribuna, estaban los presidentes de nuestros países bolivarianos, responsables de los destinos del subdesarrollado pueblo latinoamericano.

Y, finalmente, entrando la tarde, se inició una escenificación de la batalla, llena de colorido.

Entre todo aquello, vuelto un maremágnum de indígenas, soldados, caballos y lluvia, cruzó la pampa repentinamente una joven quechua sobre un caballo blanco, llevando en alto el flamante tricolor venezolano. Recortadas las siete estrellas sobre el cielo encapotado, me sentí tocado en la fibra venezolanista y latinoamericana que nos mantiene aferrados a nuestra historia, ante un presente confuso y oscuro, como esta tarde de hoy en la legendaria tierra de Ayacucho.

ALFÉREZ HUGO CHÁVEZ FRÍAS
Huamanga, 9 de diciembre de 1974



EL TRICOLOR NACIONAL

I. INTRODUCCIÓN

El presente trabajo tiene la intención primordial de resaltar uno de los auténticos valores nacionalistas que nos legaron aquellos que ofrendaron sus vidas en la búsqueda de una Venezuela mejor, libre e independiente; valores que, lamentablemente, no están enraizados en el corazón del pueblo, de ese pueblo ávido de gloria y de grandeza, el cual surgió, precisamente, de esos valores que encendieron el relámpago milagroso en la América de la primera mitad del siglo pasado: la Revolución.

Y no podemos quedarnos cruzados de brazos, como simples espectadores, ante tan grave situación. Debemos comenzar por alguna parte, para sembrar el germen del nacionalismo en la Venezuela actual; y qué otro campo más apropiado que el de los hombres de uniforme, herederos directos de aquellas glorias, y los cuales hoy por hoy son el mismo pueblo con uniforme: en los institutos militares nos estrechamos las manos hombres venidos de todas las regiones del país venezolano, de los fríos y elevados Andes y de la ilimitada llanura; de oriente y de occidente, del norte y del sur, nos conocemos y fraternizamos

hombres de todos los sectores sociales; en fin, somos un reflejo de las inquietudes del pueblo venezolano y todos, sin excepción, llevamos la misma bandera que detrás de Bolívar libertó de la dominación española a más de medio continente.

Al cumplirse 169 años del arribo del generalísimo Francisco de Miranda a las costas patrias, trayendo la bandera que más tarde el Libertador conduciría con gloria, se nos presenta una bella oportunidad para exaltar ese tricolor vencedor en cientos de batallas y guía de la Venezuela de hoy, que nunca jamás debe ser pisoteada. Para impedirlo estamos nosotros, los que sentimos correr por nuestras venas la sangre de Bolívar.

II. EL TRICOLOR NACIONAL:

SU ORIGEN

Es la historia la gran maestra de la humanidad. Ella nos enseña las buenas y malas acciones de las generaciones que nos antecedieron, a ella le debemos el conocimiento de las tradiciones y valores que sustentan la nacionalidad y el amor a esta tierra que nos vio nacer. Y es también en ella donde encontramos el origen de nuestro pabellón nacional y los nombres de aquellos que la izaron por primera vez en cielo americano.

Así nos encontramos con Sebastián Francisco de Miranda, nacido en Caracas, en el año de 1750, quien fue, por antonomasia, el precursor de nuestra independencia. Su constante espíritu

revolucionario lo llevó, en 1806, a zarpar de los Estados Unidos, al mando de una expedición armada, con el objeto de invadir las encadenadas y sumisas tierras venezolanas. Contaba con tres pequeñas embarcaciones, comandadas por el Leander, a bordo del cual iba Miranda.

El *Leander* navega sobre el mismo mar que condujo al almirante Cristóbal Colón al descubrimiento de nuestro continente, pero en esta oportunidad, con un propósito definido, grandioso, formidable: llevar la insignia que representaría en la posteridad la marcha victoriosa de la libertad. Voy a citar a Santiago Key-Ayala, quien en su libro *La Bandera de Miranda*, dice textualmente, refiriéndose a aquellos intrépidos y revolucionarios tripulantes:

No sabe la tripulación del Barco adonde va, ni en cuál empresa arriesgan su libertad y sus vidas. Algunos lo sospechan. Todos ignoran que la entidad está destinada a larga y azarosa vida; que padecerá derrotas y alcanzará gloriosos triunfos. Que guiará corazones y pies en tierra; que guiará corazones y brazos en los mares; que flotará sobre ciudades, al viento de las Llanuras, a las brisas del océano, sobre los mástiles de las fortalezas y en los buques de paz y de guerra; que recorrerá de victoria en derrota, de derrota en victoria, las tierras de cien pueblos, escalará las mayores alturas de la gloria y de las montañas de América, atravesará el Atlántico, será

saludada en las playas africanas, infundirá alarmas en las costas de islas y penínsulas.

Colón, con sus tres carabelas blandiendo la bandera de Castilla, abrió el camino a los conquistadores que nos dominarían durante más de trescientos años; ahora Miranda, con su hazaña, abre la ruta a los libertadores, que 18 años más tarde, coronaría triunfante nuestro Libertador. *Humillando al León de Castilla desde el Orinoco hasta el Potosí*. Pero vamos al fondo del asunto: ¿en qué doctrina se basó Miranda para diseñar la configuración de nuestra victoriosa bandera?

La carencia de fuentes históricas válidas ha llevado a la formulación de innumerables teorías e hipótesis acerca de ello, muchas de las cuales son simples especulaciones. La que presenta un verdadero sentido histórico y está más acorde con la realidad es la que explica Key-Ayala en el libro mencionado anteriormente, que paso seguidamente a detallar. En la península española no hubo, hasta 1785, una unidad doctrinaria en materia de banderas. Fue entonces cuando Carlos III instituyó la bandera nacional española, la cual consistía en una ancha banda dorada encerrada entre dos delgadas, de un vivo color rojo. Esta fue la bandera que utilizaron las tropas realistas a lo largo de toda la lucha por la posesión de las colonias americanas.

En esa bandera están los colores amarillo y rojo; mas queda todavía la interrogante del azul: ¿de dónde la sacó el precursor? Pues bien, España tuvo un pabellón particular en tres franjas: la de arriba, encarnada; amarilla la del centro; y azul la de abajo,

según es descrita en un diccionario antiguo publicado en el año 1700. Se supone una simple alteración del orden de las franjas hechas por Miranda para diseñar su bandera.

Y el hecho de que el tricolor mirandino presente doble la banda amarilla se explica fácilmente: inspirándose en la bandera española *rasgó simbólicamente la bandera metropolitana*, como dice Key-Ayala, *arrancó la banda roja superior y, entre la doble banda amarilla y la roja inferior, interpuso el azul de la revolución*. Ello explica por qué la bandera de Miranda tiene doble franja amarilla; y presenta la azul en el centro, el color revolucionario de América, en el cual se incrustarán más tarde, en armónica constelación, las simbólicas siete estrellas de las provincias que proclamaron la independencia allá en 1811. Ese color azul representa histórica y sencillamente a la revolución americana; veintiún repúblicas ocupan el territorio americano, y de ellas, sólo tres no incluyen en sus banderas el azul como elemento de combinación: México, Bolivia y Perú.

Con lo dicho anteriormente, se trata de explicar con bases históricas verdaderas, la procedencia doctrinaria de la bandera tricolor creada por Miranda, cuya descripción detallada presento a continuación: consta de tres fajas horizontales, de mayor a menor, la primera amarilla, la segunda azul, y la tercera encarnada, simulando los colores del iris. Figuraba en ella el siguiente sello de armas: una india sentada en una roca, que lleva en la mano derecha un asta rematada por el gorro frigio; junto a la india se ven emblemas del comercio, de las ciencias y las artes, un caimán y vegetales; más allá buques mercantes y, en último

término, el sol que asoma sobre el horizonte marino. Esta fue la misma bandera que acompañó la comisión de la *Sociedad Patriótica* de Caracas, cuando la tarde del 4 de julio de 1811 fue recibida por el Congreso. Al siguiente día se declaró la independencia de Venezuela. Y a partir de entonces, la historia nos muestra claramente las modificaciones que condujeron a la adopción definitiva de la actual bandera que junto a nosotros lucha por la Venezuela del futuro.

III. INICIO FATAL

Parecía un funesto destino el que esperaba a nuestro tricolor en las tierras americanas. La primera expedición de Miranda fracasó. Su gran ímpetu revolucionario cayó abatido en un feroz combate naval contra fuerzas superiores. Miranda, a bordo del *Leander*, pudo escapar. Mas no tuvieron la misma suerte sus dos goletas, las cuales cayeron en poder de los españoles, y sus desdichados tripulantes fueron hechos prisioneros y llevados posteriormente al patíbulo en Puerto Cabello; algunos, los más infelices, fueron sepultados en horribles mazmorras.

Había sufrido así la enseña nacional su primera derrota, el 12 de marzo de 1806; pero, cuántas le faltaban a lo largo y ancho del continente oprimido de América.

Mas, el combativo y fogoso general Miranda no abandonó su empresa; se retiró a la isla de Trinidad y desde allí solicitó ayuda al gobierno inglés; se reaprovisionó y salió a la cabeza de una

segunda expedición hacia las costas de Coro. Y desembarcó esta vez, ocupando el puerto de La Vela, en donde fue izada su bandera, impregnando de esperanzas el suelo americano, próximo a bañarse en sangre para conseguir su libertad. Sin embargo, y a pesar de haber tocado tierra americana, en esta segunda tentativa también fue vencido nuestro tricolor; después de intenso combate, el día 11 de agosto de 1806.

El día 4 de agosto, las autoridades españolas habían hecho quemar la bandera, a manos del verdugo, en la Plaza Mayor de Caracas, ciudad que presenció dolorosa, cual madre herida, la destrucción de la enseña, junto con los retratos y proclamas del hijo que había osado lanzar el grito maravilloso: *Revolución*.

Pero esas cenizas *volarán en alas del viento: polvo sagrado que es semilla de libertad, prenderá y germinará hasta muy lejos en el continente*, y sus frutos serán recogidos por un hombre, que los conducirá a la gloria: *Simón Bolívar*.

IV. UN HOMBRE, UNA BANDERA Y UN CONTINENTE LIBRE

No fueron inútiles tales esfuerzos. El ejemplo de Miranda animó las fuerzas, prendió la mecha de la revolución. Un grito más poderoso que los rugidos de la naturaleza estremece el continente. Despiertan los dormidos corazones del pueblo abatido, las montañas lanzan hacia la ilimitada llanura el eco que rebota aquí y allá y llega a todos los rincones de América del Sur.

El 19 de Abril de 1810, Caracas se rebela de hecho contra la España dominadora, y asume cuantos derechos se le hubieren negado a lo largo de tres siglos.

Don Francisco de Miranda, ilustre hijo de Caracas, llega de nuevo a nuestras costas. La junta revolucionaria de Caracas lo nombra teniente general, y se convierte en el guía de la revolución venezolana. Renace allí nuestra enseña tricolor, la misma que fuera quemada cinco años antes, es aclamada por las multitudes. Ella presencia el encendido discurso de Bolívar en la Sociedad Patriótica, la noche del 4 de julio de 1811, donde clama por: *poner sin temor la piedra fundamental de la libertad americana*. Al día siguiente se declara solemnemente la independencia de Venezuela, y nuestra bandera es levantada en brazos del pueblo, se reencuentra con Miranda y se muestra vigorosa. Pero no bien entra de lleno en el amplio camino que le trazan sus impetuosos jóvenes, comienza a hallar tropiezos.

Valencia es sublevada por los realistas y desconoce la autoridad del Congreso. Miranda toma el mando del pequeño ejército republicano y, después de largo combate, reduce al enemigo y lo rinde el 13 de agosto de 1811.

He allí nuestra primera victoria, cuyo saldo fue de 800 muertos y 1.500 heridos patriotas. Comienza así nuestra bandera a levantarse sobre un suelo bañado de sangre.

En adelante, la historia es testimonio fiel del sacrificio de un hombre, que abandonó todo por la causa revolucionaria, y que llevó el tricolor de Miranda desde el Orinoco hasta el Potosí,

cubriéndolo de gloria. Hombre y enseña cabalgaron juntos por el continente, creando naciones independientes. Juntos reciben el año de 1812, tan funesto para Venezuela, Bolívar se ve obligado a salir de Venezuela, y se pierde la Primera República.

Pero aquel indomable espíritu del Libertador lo hace aparecer amenazante, al frente del tricolor mirandino, en los Andes venezolanos; juntos realizan la maravillosa Campaña Admirable y recuperan la república. Nuestra bandera recorre entonces valles y montañas, y se le ve en todas partes, entre los vítores de la victoria y las lágrimas de la derrota. Ella presencia, impotente, aquel cruento sacrificio de una generación, todavía adolescente, el 12 de febrero de 1814, y es salpicada por la sangre joven de aquellos universitarios defensores de la libertad. ¡Libertad! Cuánta sangre se ha vertido por tu causa y todavía hay tiranos en el mundo.

Más tarde, el glorioso tricolor lanza, junto a Bolívar, aquel *no* rotundo de voluntad inquebrantable, en San Mateo. Allí se sacrifica el valeroso Ricaurte y, envuelto en el manto tricolor, pasa a ser inmortal.

En julio de 1814, Bolívar lleva su tricolor a Oriente, a reparar los desastres y a proseguir luchando. Presencia en Urica la muerte de Boves, aquel que bañó nuestro suelo con la sangre de tantos jóvenes venezolanos.

En 1817, Piar lleva nuestra bandera a la gloria, en las riberas del Orinoco y más tarde, abrazado a ella, muere, ajusticiado por sus mismos compañeros de armas.

Dos años más tarde, en 1819, las palmeras del Arauca ven pasar bajo el ardiente sol de nuestras pampas la bandera de la libertad, en brazos de Páez, quien la iza, cubierta de laureles, en el campo inmortal de Las Queseras.

Son también los tres colores, amarillo, azul y rojo, los que iluminan el genio de Bolívar en aquel asombroso paso de los Andes, hasta detenerse sobre el Puente de Boyacá, donde se sella la independencia del pueblo granadino.

Y al fin, sobre cien victorias y apoyados por la invencible espada del Libertador, la bandera de Venezuela observa la histórica Batalla de Carabobo, donde se levanta y contempla las libres tierras de su patria, su imperio, que se extendía sobre ruinas humeantes, sobre campos desiertos, sobre doscientos mil cadáveres que clamaban venganza.

De esa manera, el 24 de junio de 1821, Venezuela se hincha de gozo, y levanta, jubilosa, su bandera, en manos de su hijo más glorioso.

Bolívar fue el hombre que absorbió totalmente la lucha por la independencia. Y su gran sueño, el crear una gran república que llamaría Colombia, en honor de su descubridor, lo impulsó a rebasar las fronteras, que para él no existían, pues según sus propias palabras: *nuestra patria es la América*. Detrás de él, nuestro pabellón tricolor emprende también nuevas lides y hasta el templo del sol conduce la victoria: *Bomboná, Pichincha, Junín*, presenciaron su desfile triunfal, guiando al Ejército Unido Libertador, invencible, conformado por hombres que prefirieron morir de pie que vivir de rodillas. Y así llegó la fecha memorable: 9 de

diciembre del año 1824. En las frías cordilleras del Perú, a 4.200 metros de altura, al pie del monte Condorcunca, estuvieron presentes nuestro amarillo, azul y rojo, marcando la huella imborrable del gigante: *Ayacucho*.

V. LA VENEZUELA DE HOY, SU BANDERA, Y NOSOTROS, LOS MILITARES

Desdichado fue Bolívar, que no pudo ver realizado su sueño y murió con la sensación de haber arado en el océano. Su Colombia se desplomó abatida por la anarquía y las rastreras aspiraciones de muchos próceres americanos. Venezuela, separada de la Gran Colombia, cayó envuelta en el manto de las guerras civiles. Y sucedió lo peor, lo que Bolívar previó y quiso evitar: un nuevo coloniaje se abalanzó sobre nosotros. *Los Estados Unidos, que parecen destinados por la providencia a plagar la América de miserias, en nombre de la libertad*, decía Bolívar en una carta dirigida al representante inglés, en 1826.

Ha pasado siglo y medio, y nos encontramos hoy con una Venezuela pujante y ansiosa por salir de ese estado de subdesarrollo en que se halla. La bandera, aquella que trajo Miranda, ya ondea en los yacimientos de hierro, y muy pronto iluminará también los campos petroleros, fuente principal de nuestra riqueza económica. Poco a poco nuestro pueblo se va haciendo más criollo y más consciente de la realidad.

Sin embargo, todavía falta mucho por hacer, y para alcanzar el desarrollo, debe unirse todo el pueblo de Venezuela, y marchar a un mismo paso hacia su destino.

Y somos nosotros, los militares de hoy, quienes estamos obligados a formar la vanguardia de ese movimiento. ¿Y cómo hacerlo? La respuesta nos la da el mismo Bolívar en su última proclama: *Y los militares, empuñando su espada en defensa de las garantías sociales*, debemos identificarnos más con la comunidad, llevar a ellos el sentimiento auténticamente nacionalista.

Además, los ideales de Bolívar son nuestros, por herencia, y estamos obligados a realizarlos; y por ningún motivo nuestra bandera será humillada, por muy grande y poderoso que sea el agresor.

ALFÉREZ HUGO R. CHÁVEZ FRÍAS
Academia Militar, Caracas, 1975



EL EJÉRCITO DE AYER, DE HOY Y DE SIEMPRE

Adelante, marchemos valientes
al combate y al rudo fragor,
por la patria, muy altas las frentes,
despleguemos pujanza y valor.
Coro del Himno del Ejército

I. INTRODUCCIÓN

La historia, sin lugar a dudas, es la maestra de la humanidad. En ella podemos observar hechos pasados, acciones –virtuosas o erróneas– de nuestros antecesores.

En el análisis profundo de esos hechos, en la comprensión cabal de las leyes generales que los han venido provocando y en la constante acción, acopiada y supeditada a tales leyes, está el maravilloso secreto generador del desarrollo y progreso de los pueblos. Venezuela, este pedazo de tierra bajo este pedazo de cielo, tierra bañada con sangre, cielo poblado de héroes, tiene una historia grandiosa. A lo largo y ancho de valles, llanos y montañas, retumban aún los ritos de nuestros victoriosos abuelos, quienes lucharon a brazo partido por legarnos una patria libre y

soberana. Aquellos hombres, descalzos, semidesnudos, curtidos y ceñudos, dejaron sembrada su huella, profundamente, en el continente suramericano. Aquellos hombres, sin más ilusión que morir por ser libres y llevando la poderosa arma de la voluntad alzada en hombros, cambiaron el rumbo que había venido siguiendo la historia.

Aquellos hombres, emergiendo como el rayo de la más profunda oscuridad, derribando selvas con su furia, llenando de huesos los caminos, enrojando las aguas con su sangre, arañando montañas con sus manos y despertando hasta los muertos con su grito, sembraron en el vientre de la patria, con el grandioso amor del sacrificio, al hijo más querido y más glorioso, al hijo tan esperado por la humillada madre, todo lleno de futuro y esperanzas: el Ejército.

II. EL EJÉRCITO DE AYER

Dolorosa y larga fue la espera de aquel parto. Durante más de una década, sufrió Venezuela aquel atrevimiento, pagando cara su pasión terca y rebelde.

Nutriéndose con la savia valerosa de su pueblo, fue creciendo aquel ejército. Del norte y del sur, del este y del oeste, de los más recónditos lugares y parajes, fueron surgiendo los soldados que habían dormido durante 300 años, esperando aquel momento inevitable, madurado por el desarrollo de las condiciones históricas generales de aquel entonces.

Hubo períodos donde los laureles desbordaron la corona de la madre patria. Impresionante fue aquel año 1813. ¡Gloriosos tiempos que no vuelven! Habíase ya perdido el esfuerzo supremo y heroico del generalísimo Miranda, el venezolano que mayor proyección universal había tenido hasta entonces. ¡Designios impredecibles del hado misterioso! Sería ahora un joven mantuano, huérfano, viudo y decidido, quien tomaría las riendas de la patria, para vengar la afrenta con aquella famosa Campaña Admirable: Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar y Palacios.

Mas, aquel ejército bisoño y carente de tropas entrenadas no habría de resistir la reacción terrible y brutal que provocó el fenómeno socio-militar que se llamó José Tomás Boves.

Año 1814, deberías desaparecerte, ahogado en la sangre que se derramó en tus días. Nuestro ejército, reforzado por niños, mujeres y ancianos, se debatía entre la vida y la muerte.

Sin embargo, después de que Pedro Zaraza atravesó a Boves de un lanzazo en la batalla de Urica, tuvo Bolívar que recapacitar y comprender que su revolución no había llegado aún al corazón de las masas campesinas y desposeídas; que era necesario confundir en un solo objeto la lucha y los intereses del pueblo; que era necesario ganar la motivación popular y retenerla, si no se quería correr el riesgo de que apareciesen detrás de cada banco de sabana uno, dos, tres José Tomás Boves.

Hacia allí dirigiría entonces sus esfuerzos aquel general empeñado, genial y visionario que fue Bolívar.

Era de esperarse el resultado: de los oscuros horizontes irrumpió, entonces, al frente de intrépidos centauros, un hombre

nacido en Curpa, llanero de Portuguesa, crecido y formado en la ancha tierra barinesa, una especie de Boves-amigo: el catire José Antonio Páez.

Este bravo contingente, origen remoto de nuestro actual batallón Bravos de Apure, habría de imprimirle otra faceta al Ejército venezolano. Hombres de lanza y caballo, indiferentes al miedo, temerarios y aguerridos, cabalgaron sin recelos sobre la patria, cubriéndola de triunfos y ensordeciéndola con sus gritos de victoria.

Llegó así el año 1821, con un ejército conformado, fogueado en cientos de combates, y bien dirigido por el genio venezolano de la guerra.

El 23 de junio, víspera de la gran batalla, en la sabana de Taguanes, vecina a Carabobo, Simón Bolívar hizo parir a la patria. Luciendo esplendorosos uniformes, ondeando penachos al viento, el hijo tan esperado fue revistado, unidad por unidad, arma por arma, por aquel hombre que desafió a la misma naturaleza en su empeño.

Todo un ejército de línea estaba allí, amenazante, rugiendo cual mil leones, estremeciendo aquellas inmensidades. Habíase dado el fruto del ciclópeo esfuerzo de tantos hombres.

A la mañana siguiente, aquel recién nacido levantaría, orgulloso, el tricolor mirandino en la sabana de Carabobo, sobre más de 200.000 cadáveres, que a lo largo de tantos años había recogido la madre, y que aún seguían clamando venganza.

¡He ahí, Venezuela, el resultado de tu amor! ¡He ahí, patria mía, tu hijo gallardo, defensor de tu suelo, reflejo de tu bravura, vigilante de tus futuras inquietudes!

III. EL EJÉRCITO DE HOY Y DE SIEMPRE

Después de 157 años de aquel magno suceso, nuestro Ejército, con una tradición y una doctrina ya forjada a lo largo del acontecer histórico de la patria, sigue, en lo esencial, siendo el mismo. Aquí nos unimos hombres de todas partes del país: el bullicioso llanero, el inquieto oriental, el efusivo central, el regionalista occidental, el taciturno de la montaña; todos bajo un mismo símbolo, y con el mismo objetivo de llevar sobre los hombros la misma bandera que recorrió, detrás de Bolívar, las extensas tierras suramericanas.

Es tu joven hijo, Venezuela, que recoge en su seno la gente de tu pueblo, para adiestrarlo y enseñarlo a amarte y defenderte.

Es tu semilla, patria, que ha sido regada por el viento y por las aguas hasta abarcar tus anchos horizontes. Es tu reflejo, país de héroes, tu reflejo sublime, tu reflejo glorioso.

A medida que pasen los años, nuestro Ejército debe ser la proyección inevitable del desarrollo social, económico, político y cultural de nuestro pueblo.

Los hombres de uniforme seguiremos siendo el brazo armado de la nación, dispuestos a derramar la última gota de nuestra

sangre en defensa de los intereses del pueblo, al cual nos debemos, cuya esperanza representamos y estamos obligados a mantener.

Deben permanecer en nuestras mentes y en nuestros corazones, como el más valioso tesoro, el coraje y la decisión de nuestros antepasados; debe seguir corriendo por nuestras venas el fervor patriótico que nos permita, en un momento determinado por el llamado histórico de los años, sacar a relucir ese coraje y esa decisión, para evitar que sean pisoteadas las tumbas de aquellos hombres, para evitar que sus gritos de reclamo y de protesta retumben en nuestras mentes, para evitar ser juzgados por nuestros hijos y por los hijos de nuestros hijos, como inmerecedores de tales glorias.

Nuestra sangre es la savia del pueblo,
y en el pueblo se plasma en canción.
Primera estrofa del Himno del Ejército.
Fragmento.

STTE. HUGO RAFAEL CHÁVEZ FRÍAS
Batallón Blindado Bravos de Apure
Maracay, junio 1978



VUELVAN CARAS

*¡El espíritu blindado, hecho de audacia y abnegación, de sacrificio y disciplina, no cambia jamás!
Porque es el alma misma del soldado tanquista y el alma es inmortal.
Llanura venezolana, propicia para el esfuerzo como lo fue para la hazaña*

RÓMULO GALLEGOS

I

El rugir de aquellos monstruos de acero hacía vibrar el anchuroso llano de Juan Parao. Un sol abrasador se derramaba sobre las cabezas de aquellos hombres que avanzaban pensativos, frunciendo el entrecejo, con la mirada perdida en el horizonte lejano.

El ruido ensordecedor de los inmensos carros blindados había invadido la tranquilidad de los esteros y tomado por asalto la soledad de aquellos legendarios parajes.

Atrás había quedado la vida rutinaria del cuartel, con sus largos y duros días de entrenamiento, el severo y forjador exigir de

los oficiales, el bullicio de los hombres que visten el uniforme del ejército al cual correspondió, hace muchos años, construir la historia de esos países del Sur de América.

–*Julieta tango, habla Carlos, cambio.* La voz chillona y juvenil del conductor del tanque llegó a través del intercomunicador hasta los oídos del teniente Pedro Gonzalo Zamora, veterano y consagrado tanquista, hombre duro y de férreo carácter, pero a la vez con un corazón tan grande como el llano que se abría ante sus ojos.

–*¡Adelante!, Carlos, cambio.*

–*Indicador de temperatura de agua 95°. Debo detener el carro, cambio.*

El rodaje continuó bajo el intenso sol y lo forzado de la marcha, habían venido provocando un preocupante recalentamiento de los tanques del 4^{to} batallón de la 1^{ra} brigada blindada, el cual operaba desde un mes atrás, por los llanos de Apure y de Barinas, cumpliendo con las maniobras anuales de entrenamiento de combate.

–*Maldita sea, deténgase y coloque el ventilador de emergencia.*

Por acción electromagnética, las revoluciones del ventilador se acoplan a las del motor, estando este acelerado, lo que permite, por efecto del aire, disminuir la temperatura del agua.

–*Sargento Vargas, detenga los carros allí, a la derecha, debajo de aquellos árboles,* ordenó el teniente al reemplazante de pelotón, un sargento primero que venía en el tercer y último carro, asomado por la torrecilla y mirando a través de su binocular aquellas tierras que lo vieron nacer y hacerse hombre.

Unos cien metros a la derecha, después de un pequeño banco, estaba un frondoso bosque, sitio ideal para cualquier viajero que se aventure por aquellas soledades. El rechinar de las orugas estremeció la tierra, cuando los tanques giraron y se dirigieron al lugar indicado por el comandante del pelotón, quien se quedó atrás, revisando el sistema de enfriamiento de su máquina de acero.

–*Tirador, gire la torre a las tres horas,* gritó el teniente Zamora al cabo primero José Manuel Guevara, quien completaba, junto con el soldado radio-cargador, la tripulación de cuatro hombres que requiere un carro blindado para ser operado al máximo de su capacidad. El cuerpo giratorio de la torre se movió entonces hacia la derecha, hasta las tres horas. Para un soldado tanquista, la punta de su cañón es como la aguja de un reloj. Si la dirige al frente, se entiende que está a las 12 horas y de allí, hacia la derecha, tiene ya sus puntos de referencia u *horas* determinadas.

El teniente comenzó, cuidadosamente, a chequear el movimiento giratorio del ventilador, el nivel de los depósitos de agua y todo el compartimiento del motor, buscando algún desperfecto.

Mientras tanto, un fuerte viento había comenzado a soplar, batiendo el pajonal reseco y trayendo desde los más apartados parajes, cientos de años de historia y de misterios.

II

–*Mire, viejo, póngase el harboquejo, esta brisa viene brava,* le gritó el catire José Esteban a su compañero de viaje, un negro de

casi cien años a cuestas, pero que todavía rondaba por el llano, desafiando la misma muerte.

–*Carajo, catire, mire que sí será brava. La vienen empujando los muertos.*

José Esteban no prestó mucha atención a las últimas palabras del viejo; fueron pronunciadas en tan baja voz, que el viento aprovechó para arrastrarlas, hasta hacerlas desaparecer entre los furiosos remolinos que correteaban por la sabana, levantando una polvareda.

–*Mire, camarita, enfilemos pa' aquellos árboles, allá podemos pasar este huracán, optó por exclamar el negro, ahora con un tono de voz más elevado.*

–*Viejo, yo respeto sus años, pero ese es el paso de Mata Oscura. Ud. debe haber oído mucho más que yo lo que se dice por ahí de las visiones y aparecidos.*

El viejo se quedó callado, compartiendo con su silencio los temores del catire, pero al sentir la mirada recelosa de su interlocutor, se decidió a contestarle.

–*Óigame bien, sute José Esteban. Yo le voy a repetir las mismas frases que le escuché una vez a mi jefe, cuando caímos presos en San Fernando de Apure, por allá en el año 22 y fuimos a parar a manos del temible Vicencio Pérez Soto: Madre Santa, me agarró el catarro sin pañuelo.*

El catire siguió cabalgando, pensativo, al lado del viejo, comprendiendo perfectamente el significado de aquellas palabras.

A menos de una legua de allí, se levantaban imponentes los samanes y morichales del paso de Mata Oscura. Cobijados bajo su

sombra, ya se habían refugiado los soldados tanquistas, dispuestos a levantar un pequeño vivac.

III

Celosos eran los soldados con sus vehículos blindados. Estaban profundamente convencidos de lo indispensable que es el mantenimiento, para conservar operativo el material de guerra. Aliviándose un poco del ardiente sol, se dedicaban por entero a la verificación de los niveles de aceite, combustible, agua, liga de frenos, tensión de las orugas. Mientras observaba el barómetro, para chequear la presión del circuito hidráulico, el sargento Arévalo Vargas recordaba los cuentos que tantas veces había oído de labios de muchos llaneros, quienes, como él, aún conservaban aquel espíritu supersticioso heredado de sus antepasados. En el cuartel nunca quiso manifestarlo. Sentíase temeroso de las críticas y burlas de sus compañeros. Los muchachos de Los Andes, los expansivos centrales, los alegres zulianos, no hubieran creído en ninguno de aquellos pasajes. Ahora, sintiéndose en su propia tierra, y estando en aquellas circunstancias, todavía no había podido liberarse de aquel temor.

Pero él estaba seguro de encontrarse en el paso de Mata Oscura, célebre en todo el inmenso llano. También estaba seguro (y ya había revisado su almanaque para cerciorarse) de la proximidad de la cuaresma. Y también sabía que aquel ventarrón que

apenas comenzaba no era un fenómeno normal en aquellas latitudes. La presión hidráulica sí estaba normal en 120 bars.

Debería ahora comprobar el funcionamiento del cañón de su tanque.

–*Tirador, alcánceme el probador de disparo eléctrico.*

Se vio obligado a repetir la orden, porque el rugir del viento en el morichal permitió apenas que su segundo de a bordo oyese una voz ininteligible y lejana.

Parado sobre la máscara del inmenso cañón de 105 mm, Pedro Gonzalo Zamora observaba a sus hombres. Eran jóvenes casi de su misma edad. Tan diferentes unos de otros. En pensamientos. En madurez. En preparación. En carácter. Recordaba sus tiempos de cadete en la Academia Militar. Aquellas aulas donde pasó cuatro largos e inolvidables años.

Quizás lo más importante –pensaba– era que había aprendido los básicos principios del mando y la conducción de hombres. Ahora los estaba aplicando. Esos soldados eran la razón de su existencia; alimentarlos, adiestrarlos, educarlos, estimularlos, reprenderlos, era su más sagrada e ineludible obligación. *El resultado de una guerra está en el hombre y no en las cosas*, había leído alguna vez en los escritos militares de Mao Tse Tung. Estaba consciente de que aquella era una gran verdad.

Saltó hacia la parte delantera del chasis y luego, apoyándose en un gancho de remolque bajó a tierra. La fuerte brisa, irrespetuosa y atrevida, levantó un poco de polvo, el cual fue a caer sobre el mareado color verde de su braga de campaña.

IV

Los llaneros a caballo ya se habían acercado bastante al vivac de los blindados. Los cansados y escudriñadores ojos del viejo se toparon con las siluetas verdes que se movían, enérgicas, sobre la superficie de los tanques. Con una señal advirtió al catire de la presencia de los soldados. Sintió el viejo una profunda nostalgia en lo más hondo de su alma guerrera. Él, que había peleado en aquellos llanos durante más de 20 años, conociendo los sinsabores de la guerra. Tenía de recuerdo aquel machetazo que con tanto orgullo mostraba, cuya horrible cicatriz le recorría toda la espalda, desde la base del cuello, hasta la cintura. Se lo asestó un soldado gomecista del general Ramírez, en la célebre batalla de “Periquera”, por allá en junio de 1921. Madre Santa, si ellos hubiesen tenido esos tanques y esos cañones, no hubiesen fracasado en sus intentos revolucionarios. Hubiesen derrocado la tiranía gomecista. El viejo se sintió, súbitamente, trasladado varios años atrás. Veía claramente a su jefe, el general Pedro Pérez Delgado, el temerario Maisanta, asaltando pueblos y llenando de esperanza las vidas de los llaneros.

Recordaba también al general Arévalo Cedeño, el “tuerto” Vargas, al general Alfredo Franco. Todos habían visto derrumbarse sus ideales, ante el surgimiento de la Venezuela petrolera que marcó al afianzamiento político y militar del general Juan Vicente Gómez. Él, con casi un siglo de vida, era algo así como el último sobreviviente de aquella horda de valientes. Había tenido algo de suerte. Cuando lo sacaron del Castillo Libertador, a la muerte de Gómez, era más cadáver que ser viviente.

Ahora, mirando a los soldados tanquistas, un fuego interno se apoderó de él y no pudo evitar llevar su arrugada mano a la altura de la sien derecha, en estricto saludo militar, cuando detuvo su caballo frente al carro blindado desde donde le observaba, con admiración y respeto, aquel joven de rostro curtido y duro que era el teniente Pedro Gonzalo Zamora.

–¿Ud. fue entonces coronel de Los Macheteros de Apure? *Es para mí realmente un honor conocerlo, mi viejo. Yo he leído algo de aquellos tiempos románticos del caudillismo.*

Ya el sol de los venados se había hundido en el horizonte y las sombras cubrían totalmente la sabana. Los carros blindados estaban allí cual inmensos monstruos dormidos, arropados con su gruesa lona. Los soldados habían armado las carpas individuales al lado de sus vehículos, cobijándose del viento, que seguía soplando fuertemente; tres centinelas prestaban una completa seguridad al improvisado campamento, en el centro del cual, una fogata rompía la oscuridad de la noche.

–*Pues mire que de románticos no tenían ná, teniente, usted ya vio el machetazo que me acomodaron a mí en el espinazo. Que si hubiera estao afilao ese toco, este cristiano que le está hablando juera un pedazo más de esta sufrida tierra que estamos pisando.*

Buscaba ahora el teniente la forma más adecuada para hacerle comprender aquella expresión de tiempos románticos; le contestó con voz pausada, pensando muy bien lo que iba a decir, para no llevarle la contraria al noble viejo: *Sí, mi coronel, Ud. tiene razón; pero dígame, ¿qué fuerza lo impulsaba a usted a dejar su conuco y su gente, a renunciar al cómodo chinchorro y a la tranquilidad de su rancho, a empuñar un máuser y un machete, para*

aventurarse por todo este llano querido, dispuesto a regar con su sangre cualquier pedazo de tierra reseca o a dejar sus huesos a la orilla de cualquier camino, sin esperar más nada que la libertad y la justicia para su pueblo? Dígame si no es verdad que sentía usted como si el corazón quisiera brotarle del pecho al solo pensar en una patria mejor.

Detuvo el teniente su inspiración repentina, al observar que en los arrugados e inquietos ojos del anciano intentaba aflorar una lágrima.

–*Siga, hijo, siga hablando, aunque este cuerpo está viejo y cansao, yo, que estoy aquí adentro, todavía siento eso que usted dice, y me parece que mi llanura no alcanza pa' arroparme el corazón, que la desborda toítica, así como el río Apure cuando se adentran las aguas,* exclamó suavemente el viejo, al tiempo que extendía su brazo para agarrar fuertemente por el hombro a aquel joven oficial que le había alborotado el espíritu.

Se conmovió hondamente el teniente Zamora y comenzó a sentir un nudo que le oprimía la garganta, pero comprendiendo al instante que ahora el viejo caudillo sí había entendido aquel término usado anteriormente por él, concluyó diciendo:

–*Bueno, mi coronel, ahí quería yo llegar. Aquí está el romanticismo del que le hablo, pues ningún ser humano puede negar que ese sentimiento que nos ha invadido en este momento, tanto a usted como a mí, está basado en el más profundo amor a una causa justa, a una idea grandiosa.*

El catire José Esteban, quien oía absorto aquella conversación, logró por fin afinar su cuatro, y un pasaje melancólico ya había comenzado a brotar de las mágicas cuerdas, para irse, en brazos

de la fuerte brisa, a jugar entre los carros blindados y entre las pequeñas carpas de los rendidos soldados tanquistas.

Arévalo Vargas –el sargento– no dormía. Además del constante roncar de su compañero de carpa, aquella noche estaba muy intranquilo, se había tirado de espaldas sobre el suelo y miraba fijamente el techo oscuro de lona, contra el cual chocaba el humo de su cigarrillo. Su braga estaba desabotonada y las trenzas de sus botas de combate, desamarradas. Había aprendido, desde recluta, que un soldado en campaña no puede darse muchas comodidades para dormir. Como almohada, había colocado la mochila de combate. Y a la derecha, al alcance de la mano, la subametralladora, su mejor amiga. *Ahí tienes tu mujer*, le dijo un cabo cuando, hacía casi dos años, se la asignaron como armamento individual.

Pero no eran únicamente los ronquidos de su compañero –un muchacho de las altas tierras andinas– lo que le impedía a Arévalo Vargas conciliar el sueño. Era, más que todo, aquella malicia con que lo había armado la misteriosa llanura. Aquel fuerte viento. El paso Mata Oscura. La vecina cuaresma. Los cuentos que había tantas veces oído, al calor del fogón, en las largas noches de invierno. Las circunstancias reales en las que se encontraba se unían al fenómeno superorgánico de su imaginación, para provocar en su mente un torbellino de inquietudes y temores que asaltaban su conciencia.

Solamente el rasgar de las cuatro cuerdas pudo hacerlo salir de su ensimismamiento, pues aquella música, desde que había aprendido a oírla y a quererla, le hacía vibrar las fibras de un

auténtico y espontáneo amor por los valores que conforman la identidad de la patria venezolana.

V

Minutos después, ya eran cuatro los hombres sentados en torno al fuego, donde el humo producido por la bosta de ganado espantaba los “jevenes” que alborotaba el viento, al estremecer el morichal.

–*Sí, teniente, aunque usted tal vez no lo crea, lo que ha conta el sargento es la pura verdad, yo se lo aseguro.* Hizo tanto énfasis el viejo en esta última frase, que el teniente Zamora comenzó a ser asaltado por una inquieta y temerosa duda. Sin embargo, agregó, reflejando una gran seguridad en sí mismo:

–*No quiero dejar de creerles, pues sé que ustedes conocen mucho su tierra, pero pienso que, por la misma razón de haber descubierto sus secretos y haberse compenetrado tanto con ella, tiene arraigado profundamente ese espíritu supersticioso que caracteriza a todos los llaneros.*

–*Oiga, teniente, por allá le están contestando*, exclamó el viejo, al mismo tiempo que señalaba con su brazo izquierdo hacia el norte, de donde venía galopando el viento.

En efecto, todos pudieron oír claramente un lejano y largo toque de corneta, vibrante y retador.

–*¡Ese es el 1 y 14, teniente!*, gritó emocionado el anciano, mientras que Arévalo Vargas y el catire, apresuradamente,

procedieron a hacerse la señal de la cruz y un Ave María Purísima salió al unísono de sus gargantas.

Aquel ruido, cada vez más fuerte, parecía que viniera acercándose hacia ellos. El teniente estaba estupefacto, sin llegar a comprender lo que estaba pasando.

Ahora oían, cercano también, un fuerte galopar de caballos. Tan fuerte, que silenciaba al furioso viento, amo y señor de la inmensidad.

Pararán, Pararán, Pararán

Y la corneta, ordenando la carga, allí como si estuviese pegada al pabellón de la oreja.

Taratá -Taratá -Taratá

Y de pronto, un grito que pasó como una tromba, partiendo en dos la oscura sabana, estremeciendo aquellos parajes y dejando atónitos, inmóviles, a aquellos hombres: *¡Vuelvan caras!*

TENIENTE HUGO CHÁVEZ FRÍAS
Batallón Blindado Bravos de Apure
Maracay, febrero 1980



PROFESIONALISMO DEL OFICIAL VENEZOLANO

I. INTRODUCCIÓN

La ausencia de valores, que actualmente sacude al mundo entero en general y a Venezuela en particular, se ha propagado inexorablemente por todos los sectores y a todos los niveles de la vida nacional. Las Fuerzas Armadas no pueden, de ninguna forma, escapar de estos problemas sociales, por cuanto son parte del conglomerado venezolano.

Por este fenómeno que nadie puede negar, en nuestro Ejército se han venido presentando una serie de problemas que inciden negativamente en el profesionalismo del oficial.

II. POSIBLES CAUSAS DE LA FALTA DE PROFESIONALISMO

1. Errores en el enfoque general de la carrera militar

Partiendo de la misma base de formación, nos encontramos con que en la campaña de captación de aspirantes a la Acade-

mia Militar de Venezuela, se plantea al estudiantado la posibilidad de continuar estudios universitarios posteriormente a su egreso como oficial del Ejército. Esto lleva a los jóvenes, desconocedores de la realidad con la cual se van a conseguir, a plantearse objetivos totalmente ajenos a las necesidades de la fuerza. Así vemos oficiales recién egresados de la Academia Militar, quienes en vez de buscar la práctica y el afianzamiento en el mando de tropas, razón de ser de nuestra existencia, buscan la forma de ingresar a cualquier instituto de educación superior, descuidando las cuestiones intrínsecas y sagradas de la profesión militar. Valdría la pena recordar una frase del general Simón Bolívar: *Yo sigo la gloriosa carrera de las armas por lograr el honor que ellas dan, para libertar a mi patria y para merecer las bendiciones de los pueblos.*

Los militares de hoy tenemos un gran compromiso en la formación del Ejército del futuro, en medio de un mundo convulsionado al extremo.

2. Aceptación de falsos valores

Intereses personales tales como: el deseo de llegar a ser importante; el deseo de llegar a ocupar posiciones sociales más elevadas; entre otros, han contribuido a tergiversar la calidad del profesional militar. Hemos tendido a confundirnos con ese tipo de valores destructores, en vez de inspirarnos en un pensamiento profundo, basado en ideas grandiosas que nos obliguen a darlo todo en beneficio de la institución armada y, por ende, del país.

3. Desprestigio de la profesión

Sin ánimo de caer en críticas destructivas contra institutos que fueron formados, seguramente, con la mejor de las intenciones, es necesario plantear y expresar el daño que ha sufrido la profesión con la incorporación de un nuevo tipo de oficial, al cual se pretende exigir el mismo nivel de rendimiento que a los oficiales de Academia.

Asignándoseles cargos o puestos para los cuales no fueron capacitados en su corto tiempo de formación, ocasionando daños graves a la organización.

III. EL AMOR A LA PROFESIÓN

Es necesario que en los institutos de formación de oficiales sean inyectadas y alimentadas en el personal una serie de condiciones que lleven hacia la consecución de un oficial integral.

Entre estas condiciones, ocupa lugar privilegiado el amor por la profesión y un acentuado espíritu de sacrificio. El oficial que posea estas condiciones, aunque no sea un grado superlativo, indudablemente será un verdadero profesional de las armas.

IV. RECOMENDACIÓN

Esta sección recomienda, muy respetuosamente, sea hecho un estudio a fondo de las causas que han venido originando un deterioro en el profesionalismo del oficial, a fin de atacarlas,

HUGO CHÁVEZ FRÍAS

mediante la elaboración y definición de un perfil del oficial del Ejército, el cual sería tomado como base en la formación militar de los cadetes de la Academia Militar de Venezuela.

TTE. HUGO RAFAEL CHÁVEZ FRÍAS

Jefe de la Sección de Personal

Cuartel Abelardo Mérida

Maracay, diciembre 1980



EVOLUCIÓN DE LA BANDERA DE VENEZUELA

1797-1930

*Señor: ¡Dichoso el ciudadano que bajo el escudo de las
armas de su mando ha convocado la soberanía nacional
para que ejerza su voluntad absoluta!*

SIMÓN BOLÍVAR

El presente trabajo fue publicado en forma de folleto por la Secretaría Permanente del Consejo Nacional de Seguridad y Defensa, en septiembre de 1989, fecha para la cual Hugo Chávez Frías tenía el grado de mayor del Ejército.

Se realizó bajo la dirección del General de División Arnoldo Rodríguez Ochoa, quien escribió la presentación del folleto que se transcribe a continuación.

Los dibujos son de Luis Alarcón Márquez.

El editor

BANDERA DE GUAL Y ESPAÑA

AÑO 1797

El 13 de julio de 1797, fue descubierta la conspiración de don Manuel Gual y don José María España, quienes fueron hechos prisioneros, y en cuyo poder fue hallado el diseño de su bandera.

En su parte superior izquierda, sobre un rectángulo blanco, se destaca un reluciente sol, *símbolo de la patria y de la igualdad, que es la ley, que debe ser una para todos.*¹

Sobre la franja horizontal inferior, de color azul, descansan cuatro estrellas blancas, representando las cuatro provincias: Cumaná, Guayana, Maracaibo y Caracas.

Y las cuatro franjas verticales de color amarillo, rojo, blanco y azul representan la unión de las razas de indios, negros, blancos y pardos, y los fines políticos del Movimiento: Igualdad, Libertad, Propiedad y Seguridad.



BANDERA DE GUAL Y ESPAÑA

1797

1. Vargas, Francisco Alejandro. Los símbolos sagrados de la nación venezolana, pág. 33.

BANDERA DE MIRANDA
PROYECTO DEL EJÉRCITO COLUMBIANO

AÑO 1800

En el Archivo General de Indias, en Sevilla, reposa un *Catálogo de documentos*, en el cual aparece el primer tricolor mirandino, bajo el nombre *Bandera de Miranda para su proyectado Ejército con el nombre de Columbiano*.

Presenta tres franjas paralelas e iguales, con los colores negro, encarnado y amarillo, los cuales representan las razas de negros, pardos e indios, sobre cuya igualdad habría de estructurarse el ejército del Generalísimo.



BANDERA DE MIRANDA
PROYECTO DEL EJÉRCITO COLUMBIANO
1800

BANDERA DE MIRANDA BANDERA NAVAL

AÑO 1806

Esta fue la bandera izada en el mástil de la corbeta Leander.

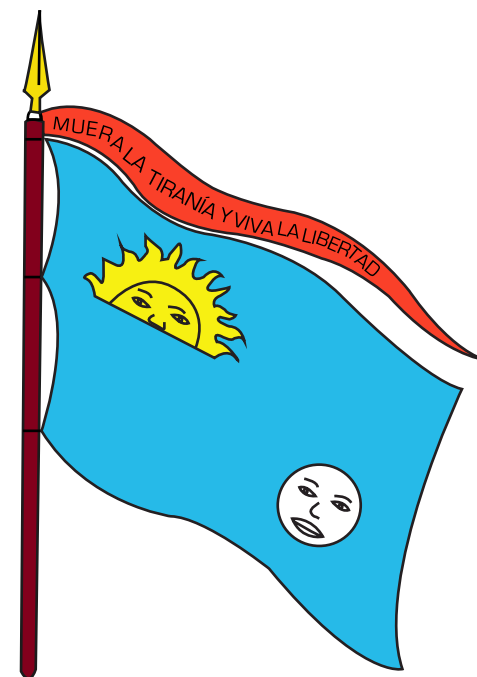
Era de color azul, símbolo del mar y del cielo, el color del nuevo mundo.

Simbolizada por el sol, la libertad americana se levanta en el horizonte, en tanto que el poderío de España, representado por la luna, comienza a declinar.²

Un gallardete rojo corona la enseña, con una divisa en letras mayúsculas: *Muera la tiranía y viva la libertad*.

Esta insignia fue testigo del empeño heroico del Generalísimo, en pos de su sueño: *Columbeia*.

2. Sánchez, Manuel Segundo. Boletín de la Academia Nacional de la Historia. N° 18, pág. 686.



BANDERA DE MIRANDA. BANDERA NAVAL
1806

CUCARDA DE LOS REVOLUCIONARIOS

4 DE MAYO DE 1810

El día viernes 4 de mayo de 1810, la Gaceta de Caracas, en su N° 96, publicó un acuerdo de la Suprema Junta Conservadora de los Derechos de Fernando VII, en el cual se instituye la cucarda que los revolucionarios deberían llevar a la altura del brazo izquierdo:

Se ha fijado e interpretado la cucarda que se ha permitido llevar a los habitantes de Venezuela en la forma siguiente:

Los colores rojo y amarillo significan la Bandera Española que nos es común, y el negro nuestra alianza con la Inglaterra, timbreados éstos con el retrato, o las iniciales del Augusto nombre de Fernando VII, a cuya libertad se han dirigido los esfuerzos combinados de ambas naciones y los votos generales de la América.

Esta cucarda, convertida posteriormente en bandera, refleja el fin político del momento: la adhesión a la autoridad del rey de España, prisionero para entonces de Napoleón Bonaparte.



CUCARDA DE LOS REVOLUCIONARIOS

4 DE MAYO DE 1810

BANDERA DE LA INDIA

AÑO 1811

El 14 de julio de 1811, en el Acto de Proclamación de la Independencia, fue enarbolada la bandera de la Confederación Venezolana, con tres franjas horizontales: amarillo, azul menos ancho y encarnado menos ancho que el anterior.

Esta bandera fue diseñada por la comisión que al efecto designó el Congreso Constituyente de Venezuela, formada por el general Francisco de Miranda, el capitán de fragata Lino de Clemente y Palacios, y el capitán de artillería José de Sata y Bussy.

Sobre la franja amarilla, en el extremo superior izquierdo, aparece el siguiente escudo de armas: una india, sentada en una roca y portando en la mano izquierda un asta rematada por un gorro frigio, rodeada por diversos símbolos del desarrollo: el comercio, las ciencias, las artes, un caimán y vegetales.

Además, trae dos inscripciones premonitorias: a la espalda de la india, *Venezuela libre* y a sus pies, *Columbia*.

La utopía de Colombia la Grande apareció en este pabellón que sería bautizado con sangre en los encarnizados combates de la Primera República.



BANDERA DE LA INDIA

1811

BANDERA DEL GOBIERNO FEDERAL

PAMPATAR, 12 DE MAYO DE 1817

En plena guerra de Independencia, después de haberse perdido la Primera y la Segunda repúblicas, el poder del Gobierno Federal fue instalado en Pampatar, isla de Margarita, el 12 de mayo de 1817.

En decreto del 17 del mismo mes, se establece el nuevo tricolor patrio, a ser usado en los buques de guerra de la república: se conservan de la misma forma las franjas amarillo, azul y rojo, pero colocando siete estrellas azules en el campo amarillo, las cuales representan las provincias unidas de Caracas, Cumaná, Barinas, Barcelona, Margarita, Mérida y Trujillo, integrantes de la Confederación Venezolana al momento de la firma del Acta de nuestra Independencia.



BANDERA DEL GOBIERNO FEDERAL
PAMPATAR, 12 DE MAYO DE 1817

BANDERA DE ANGOSTURA

20 DE NOVIEMBRE DE 1817

Tras la victoriosa Campaña de Guayana, el general Simón Bolívar incorpora la octava estrella al tricolor sobre el campo amarillo, en representación de la nueva provincia liberada.

En el Palacio de Gobierno de Angostura, el 20 de noviembre de 1918, el Libertador dictó el siguiente decreto:

Habiéndose aumentado el número de provincias que componen la República de Venezuela por la incorporación de la Guayana, decretada el 15 de octubre último, he decretado y decreto:

Artículo Único.-A las siete estrellas que lleva la Bandera Nacional de Venezuela, se añadirá una, como emblema de la Provincia de Guayana, de modo que el número de las estrellas será en adelante de ocho.

Dado, firmado de mi mano, sellado con el sello provisional del Estado y refrendado por el Secretario del Despacho, en el Palacio de Gobierno de la ciudad de Angostura, a 20 de noviembre de 1817 – 7°.



BANDERA DE ANGOSTURA
20 DE NOVIEMBRE DE 1817

BANDERA DE LA GRAN COLOMBIA

4 DE OCTUBRE DE 1821

La utopía bolivariana tomó cuerpo en territorio americano el 17 de diciembre de 1819, al dictar el Congreso Constituyente de Angostura la Ley Fundamental de Colombia.

Más tarde, el Congreso General, reunido en la Villa del Rosario de Cúcuta, estableció, según ley del 4 de octubre de 1821, la bandera de Colombia, tomando como inspiración la misma adoptada por Venezuela en 1811, es decir, con las tres franjas horizontales de diferente anchura, pero incrustando en el mismo sitio donde se encontraba la india original el escudo de armas de la Nueva Granada, para simbolizar la unión de ambas naciones en la magna obra bolivariana.

El escudo de la Nueva Granada, enmarcado por un cuartel, lleva en su parte superior un cóndor, símbolo de la soberanía, el cual toma con su garra izquierda una granada y con la derecha una espada. Sobre la cabeza del cóndor, una corona de laureles de la cual emergen dos cintas que flanquean el cuartel y se unen en su extremo inferior con la estrella de los libertadores, llevando el lema: *Uixit et uincit et amore patriæ*. En la parte inferior, una luna llena aparece a la vanguardia de una columna de diez estrellas.



BANDERA DE LA GRAN COLOMBIA
4 DE OCTUBRE DE 1821

BANDERA DE LA REPÚBLICA DE COLOMBIA

Al poco tiempo, después de iniciarse la Campaña del Sur y ante la liberación de nuevas naciones—Ecuador y Perú— y la posterior creación de Bolivia, fue instituida una bandera para la Gran República de Colombia.

Ahora, con un escudo de armas sobre la franja azul central:

Dos cornucopias llenas de frutas y flores de los países fríos, templados y cálidos (como signos de la abundancia, símbolos de fuerza y unión), un hacesillo de lanzas con la segur atravesada, arcos y flechas enlazados, atados con cintas tricolor en la parte inferior.³

Todo ese conjunto rodeado por un círculo en el cual aparece inscrito lo siguiente: *República de Colombia*.

3. Rojas, Aristides. *Lecturas históricas*.



BANDERA DE LA REPÚBLICA DE COLOMBIA

BANDERA DE LA REPÚBLICA DE VENEZUELA

AÑO 1830

La Unión Colombiana se desintegró en 1830 y el sueño de Bolívar siguió la misma suerte de los surcos abiertos con su *arar en el mar*.

El 6 de mayo de ese año, fue instalado el Congreso Constituyente en la ciudad de Valencia, el cual decretó la bandera de la República de Venezuela, el 14 de octubre, manteniendo las tres franjas (amarillo, azul y rojo) pero cambiando el escudo de armas.

El Escudo de Armas para el Estado de Venezuela será provisionalmente, hasta la reunión de las próximas legislaturas, el mismo de Colombia, con la diferencia que las cornucopias serán vueltas abajo y en la parte interior del óvalo llevará la inscripción “Estado de Venezuela”. Esta última fue cambiada por “República de Venezuela”.

Las cornucopias volteadas parecían entonces anunciar la época que estaba comenzando, con sus tragedias sociales, políticas y económicas, cuyos vientos huracanados marcaron el nacimiento de la República.



BANDERA DE LA REPÚBLICA DE VENEZUELA

AÑO 1830

BANDERA DE FRANJAS IGUALES

AÑO 1836

El Soberano Congreso de la República decretó, el 20 de abril de 1836, la reforma sobre el escudo de armas de 1830 y estableció el nuevo pabellón nacional:

El Pabellón Nacional será sin alteración alguna el que adoptó Venezuela desde el año 1811, en que proclamó su independencia, cuyos colores son: amarillo, azul y rojo en listas horizontales.

Las Banderas que se enarbolasen en los buques de guerra, en las fortalezas y demás parajes públicos y las que desplegasen los agentes de la República en el exterior llevarán el Escudo de Armas en el tercio del color amarillo.

Con la aparición de esta bandera, engalanando las alboradas de la República, surgen dos nuevos elementos: por primera vez las tres franjas presentan el mismo diámetro y, además, hace su aparición el escudo de armas, muy similar al actual.



BANDERA DE FRANJAS IGUALES

AÑO 1836

En efecto, en decreto del 18 de abril, el Soberano Congreso estableció el Escudo:

Las Armas de Venezuela serán un Escudo, cuyo campo llevará los colores del Pabellón Venezolano en tres cuarteles. El cuartel de la derecha será rojo y en él se colocará un manojo de mieses, que tendrá tantas espigas cuantas sean las provincias de Venezuela y simbolizándose a la vez la unión de éstas bajo el sistema político y la riqueza de su suelo. El de la izquierda será amarillo y como emblema del triunfo llevará armas y pabellones enlazados con una corona de laurel.

El tercer cuartel, que ocupará toda la parte inferior, será azul y contendrá un caballo indómito, blanco, empresa de la independencia. El Escudo tendrá por timbre el emblema de la abundancia que Venezuela había adoptado por divisa, y en la parte inferior una rama de laurel y una palma, todos con tiras azules y encarnadas en que se leerán en letra de oro, las inscripciones siguientes: Libertad –19 de Abril de 1810– 5 de Julio de 1811; y en la parte inferior del escudo: Estado de Venezuela.

BANDERA DE LA FEDERACIÓN

CORO, FEBRERO 1859

El 20 de febrero de 1859, se inició, en Coro, la Revolución Federal.

*El cielo encapotado
anuncia tempestad
oligarcas temblad
viva la libertad.*

Al compás de este canto que a los pocos meses incendiaría los caminos y campos de Venezuela, surgió una nueva bandera, decretada en Coro el 25 del mismo mes:

El gobierno provisional del Estado Coro, en ejercicio de las funciones generales de la Federación

DECRETA

1°. El Pabellón Nacional es el de la extinguida República de Venezuela, con la adición de siete estrellas azules en la franja amarilla, para simbolizar con su número las siete provincias que constituyeron la Federación Venezolana del año undécimo.

El Ejército y la Armada usarán este pabellón hasta que la Asamblea General de los Estados decrete lo que creyese conveniente.

Dado en Coro, a 25 de Febrero de 1859, Año 1 de la Federación.



BANDERA DE LA FEDERACIÓN
CORO, FEBRERO 1859

BANDERA DE LA FEDERACIÓN

BARINAS, JUNIO 1859

Muy pronto, el general Ezequiel Zamora se convirtió en el líder indiscutible de la Guerra Federal. Y desde Barinas, en junio del año 1859, dictó un decreto estableciendo el pabellón de los estados federales:

El Pabellón de los Estados Federales es el mismo de la República, con la diferencia que en la franja amarilla llevará veinte estrellas azules, que simbolicen las veinte provincias que forman la Federación Venezolana.

EZEQUIEL ZAMORA



BANDERA DE LA FEDERACIÓN
BARINAS, JUNIO 1859

BANDERA DECRETADA POR EL GENERAL JUAN CRISÓSTOMO

FALCÓN 29 DE JULIO DE 1863

Una vez triunfante la Revolución Federal y habiendo asumido la Presidencia, el general Juan Crisóstomo Falcón emitió un decreto *por el cual se establecía que el Pabellón Nacional sería el tricolor que había adoptado Venezuela al declararse independiente, cuyos colores eran amarillo, azul y rojo, en listas de igual latitud horizontales y en el orden que quedan expresados; que las siete estrellas con que los pueblos habían distinguido el pabellón nacional durante la Guerra de la Federación se colocarían en la lista azul, formando seis una circunferencia y la séptima en el centro.*⁴

Es importante destacar el cambio en el color de las estrellas, originalmente azules y ahora blancas, por la simple lógica del efecto artístico del contraste.



BANDERA DECRETADA POR EL GENERAL
JUAN CRISÓSTOMO FALCÓN
29 DE JULIO DE 1863

4. Vargas, Francisco Alejandro. *Op. cit.*, pág. 80.

BANDERA DECRETADA
POR EL GENERAL CIPRIANO CASTRO

28 DE MARZO DE 1905

Revolución restauradora. *La bandera nacional, símbolo de la patria, es la adoptada por las siete provincias que formando la Confederación Americana de Venezuela se declararon libres e independientes el 5 de julio de 1811, cuyos colores son: amarillo, azul y rojo en listas iguales horizontales, en el orden que queda expresado, de superior a inferior, llevando en medio de la lista azul, siete estrellas en circunferencia, como recuerdo de las mencionadas provincias.*



BANDERA DECRETADA POR EL GENERAL CIPRIANO CASTRO

28 DE MARZO DE 1905

BANDERA NACIONAL ACTUAL

15 DE JULIO DE 1930

Durante el gobierno del general Juan V. Gómez, el Congreso Nacional derogó el decreto del 28 de marzo de 1905 y promulgó la siguiente ley, en fecha 15 de julio de 1930, precisamente al cumplirse cien años de la desmembración de la utopía bolivariana de Colombia:

Artículo 1. La bandera nacional, símbolo de la patria, será la misma adoptada por las siete provincias que formaron la Confederación Americana de Venezuela y que se declararon libres e independientes el 15 de julio de 1811. Los colores de esa bandera son amarillo, azul y rojo, en listas iguales horizontales, en el orden en que queda expresado, de superior a inferior y llevará en medio de la lista azul, siete estrellas en arco, en recuerdo de las mencionadas provincias.

Esta es la bandera que ondea, soberana y libre, llena de glorias, en el cielo venezolano de hoy, cuando el siglo XXI se asoma ya en el horizonte.

La ley de la bandera, escudo e himno nacionales, sancionada por el Congreso Nacional y publicada en la Gaceta Oficial de los Estados Unidos de Venezuela N° 20.829, el 22 de junio de 1942, establece lo siguiente:

Artículo 1.- La Bandera Nacional, símbolo de la Patria deberá ser venerada por todos los venezolanos, y respetada por los ciudadanos de los demás países.

Artículo 2.- La Bandera Nacional será adoptada por las provincias Unidas que formaron la Confederación Americana de Venezuela y que se declaran libres e independientes el 5 de Julio de 1811. Los colores de esta Bandera son: amarillo, azul y rojo, en franjas iguales horizontales, en el orden en que queda expresado, de arriba a abajo.

Parágrafo Primero.- Las Banderas del Ejército y la Armada, de la Presidencia de la República, de las Oficinas de la República en el exterior y las que se enarbolan en los edificios públicos nacionales, estatales y municipales, llevarán el Escudo de Armas de Venezuela en el tercio de la franja amarilla cercano al asta y, en medio de la franja azul, en recuerdo de las referidas Provincias Unidas que se declararon libres el 5 de Julio de 1811, siete estrellas colocadas en la forma de un arco de círculo con el lazo convexo hacia arriba.

Parágrafo Segundo.- Las Banderas usadas por la Marina Mercante no llevarán el Escudo de Armas, y en la bandera de los particulares es facultativo el uso de las estrellas.



BANDERA NACIONAL ACTUAL
15 DE JULIO DE 1930

LA BANDERA BOLIVARIANA DE OCHO ESTRELLAS*

La bandera de la República Bolivariana de Venezuela fue creada por el Precursor de la Independencia, Francisco de Miranda, quien la izó por primera vez en su buque insignia, el *Leander*, en la rada de Jacmel (Haití), el 12 de marzo de 1806, como parte de su expedición libertadora.

La bandera nacional está formada por los colores amarillo, azul y rojo en franjas unidas, iguales y horizontales en el orden que queda expresado, de superior a inferior y, en el medio del azul, ocho estrellas blancas de 5 puntas, colocadas en arco de círculo con la convexidad hacia arriba.

El 7 de marzo de 2006, la Asamblea Nacional, asumiendo el reto y la responsabilidad, en sesión ordinaria, modificó y sancionó la ley de símbolos, la cual añade la octava estrella a la bandera nacional y coloca el caballo de Bolívar, representado en el escudo, de vista al frente, mirando hacia el futuro.

Es importante destacar que la propuesta fue tomada de un decreto que hiciera el Libertador Simón Bolívar, el 20 de noviembre de 1819, en el que habría decretado, en tierras guayanesas, la incorporación de la octava estrella en la bandera, en representación de la liberación de ese territorio.

* Este último capítulo es un escrito posterior al texto original de 1992.

Por mandato del Poder Legislativo, al aprobarse dicha ley, publicado en Gaceta Oficial número 38.394 del 9 de marzo de 2006, la bandera de la República Bolivariana de Venezuela estrenó oficialmente las ocho estrellas.

Según el decreto N° 4.754, Gaceta Oficial número 38.504, se instituye como “Día de la Bandera Nacional”, el 3 de agosto de cada año.



BANDERA NACIONAL CON 8 ESTRELLAS (2006). EL 9 DE MARZO DE 2006, LA ASAMBLEA NACIONAL APROBÓ LA INCLUSIÓN DE UNA OCTAVA ESTRELLA, EN REPRESENTACIÓN DE LA PROVINCIA DE GUAYANA, Y EN HONOR AL DECRETO DEL LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR DEL 20 DE NOVIEMBRE DE 1817, EN EL QUE ORDENABA LA INCLUSIÓN DE DICHO SÍMBOLO.



LA LEY DE BANDERA NACIONAL,
HIMNO NACIONAL Y ESCUDO DE ARMAS DE
LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

Capítulo II

De la Bandera Nacional

Artículo 3. La Bandera Nacional se inspira en la que adoptó el Congreso de la República en 1811. Está formada por los colores amarillo, azul y rojo, en franjas unidas, iguales y horizontales en el orden que queda expresado, de superior a inferior y, en el medio del azul, ocho estrellas blancas de cinco puntas, colocadas en arco de círculo con la convexidad hacia arriba. La Bandera Nacional que usen la Presidencia de la República y la Fuerza Armada Nacional, así como la que enarbole en los edificios públicos nacionales, estatales y municipales, deberá llevar el Escudo de Armas de la República Bolivariana de Venezuela en el extremo de la franja amarilla cercano al asta. La Bandera Nacional usada por la Marina Mercante solo llevará las ocho estrellas.



EPÍLOGO

UN BRAZALETE TRICOLOR

¡¡Mi capitán, yo no tengo brazalete!!

Eran casi las ocho de la noche del lunes 3 de febrero de 1992. Y aunque la orden que había en el patio del viejo cuartel Páez de Maracay era no hacer ruido, se sentía ya en el viento fresco que se arremolinaba entre los mangos y los samanes centenarios el rumor contenido de la insurrección militar.

Un soldado paracaidista del batallón *Antonio Nicolás Briceño* estaba casi listo, como todos, para iniciar el movimiento sorpresivo contra la tiranía carlosandrecista. Llevaba su fusil 5.56 con munición suficiente para tres días de combate, un lanzacohetes carl-gustav y dos At-4 (arma antitanques). Su uniforme camuflado se confundía con las sombras zigzagueantes y portaba impecablemente su boina roja rebelde. Pero aquel muchacho nativo de Tinaquillo no tenía el símbolo mágico que a esa hora ya todos portaban: *el brazalete tricolor*.

El capitán bolivariano sacó uno de su mochila de combate y como buen maestro de salto, acostumbrado a chequear hasta el mínimo detalle de sus hombres antes de lanzarlos por la puerta

del avión, lo colocó él mismo en torno al brazo izquierdo palpitante de patria.

Luego, el soldado paracaidista se encuadró en la formación con una sonrisa de satisfacción y un gesto absoluto de seguridad.

Y es que aquel brazalete proporcionaba un sentimiento de fortalezas inauditas, un espíritu de pertenencia a lo inextinguible, de protección inexplicable ante los mil peligros que acechaban allá en la oscuridad de aquella noche atronante.

Después, volaron por toda la patria, alborozados para internarse en el tiempo, dominando las distancias y dejando un trazo tricolor que partió la oscuridad para siempre.

¿Que de dónde vino la idea?

Pues de casi doscientos años de historia tricolor.

Y seguramente, acercándonos un poco en el tiempo, de las mismas líneas introductorias del trabajo narrativo surgido en las aulas de la Academia Militar en 1975.

Al cumplirse 169 años del arribo del Generalísimo Francisco de Miranda a las costas patrias, trayendo la bandera que más tarde el Libertador conduciría con gloria, se nos presenta una bella oportunidad para exaltar ese tricolor vencedor en cientos de batallas y guía de la Venezuela de hoy, que nunca jamás debe ser pisoteada. Para impedirlo estamos nosotros, los que sentimos correr por nuestras venas la sangre de Bolívar.

TENIENTE CORONEL HUGO CHÁVEZ FRÍAS
Cárcel de Yare, junio 1992

Este libro se terminó de imprimir en marzo de 2014,
en los talleres del Servicio Autónomo Imprenta Nacional,
La Hoyada, Caracas.
República Bolivariana de Venezuela.
El tiraje fue de 5.000 ejemplares.

Esta obra es una compilación de textos del Comandante Hugo Chávez Frías, escritos por él desde que era alférez en la Academia Militar (1974) hasta 1992, año en que el Movimiento Bolivariano Revolucionario 200, liderado por Chávez, marcó la historia de Venezuela al ejecutar la operación liberadora Ezequiel Zamora, que intentó deponer el gobierno neoliberal, entreguista y hambreador de Carlos Andrés Pérez.

Un Brazalete Tricolor presenta varios textos breves sobre el compromiso patriota de los soldados venezolanos con la patria y la libertad, y también sobre la evolución de la bandera nacional, nuestro tricolor patrio.